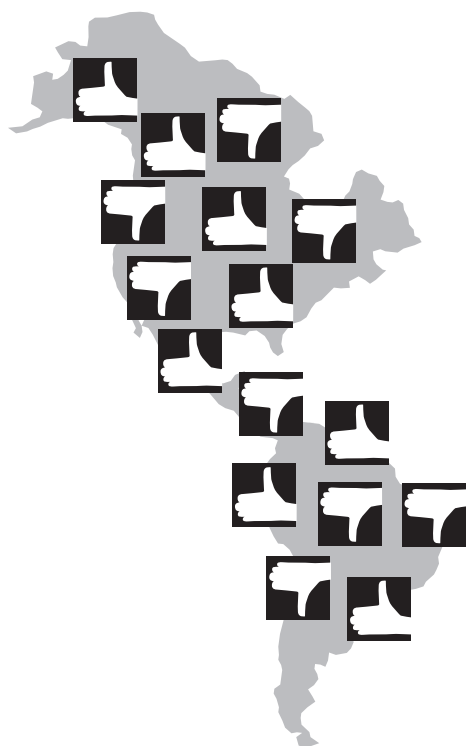


ECUADOR Debate₁₁₂

Quito/Ecuador/Abril 2021

Polarizaciones populistas en las Américas



Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021

Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad?

Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina

Conflictividad socio-política:
Noviembre/2020-Febrero/2021

Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales

Trump y la polarización populista

“Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”. El populismo de Jair Bolsonaro

Polarización como base del populismo: el caso de México

La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo

Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele

Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas

El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo

Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno de la corrupción en América Latina

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$, 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN: número 112: 978-9942-963-57-4



ECUADOR DEBATE 112

Quito-Ecuador • Abril 2021

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-57-4

PRESENTACIÓN 3 / 10

COYUNTURA

- Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021
Julio Echeverría 11 / 23
- Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad?
Juan Francisco Camino A. 25 / 45
- Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina
Santiago Leiras 47 / 58
- Conflictividad socio-política: Noviembre/2020-Febrero/2021 59 / 65

TEMA CENTRAL

- Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales
Carlos de la Torre 67 / 72
- Trump y la polarización populista
Carlos de la Torre 73 / 88
- “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”.
El populismo de Jair Bolsonaro
Ursula Prutsch 89 / 111
- Polarización como base del populismo: el caso de México
Alberto J. Olvera 113 / 138
- La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo
Margarita López Maya 139 / 156
- Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele
Vaclav Masek y Luis Aguasvivas 157 / 173

DEBATE AGRARIO RURAL

- Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas
Rafael Guerrero Burgos 175 / 194

ANÁLISIS

- El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo 195 / 210
Omar Bonilla y Elena Galvez
- Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno
de la corrupción en América Latina 211 / 220
Tatiana Suárez B.

RESEÑAS

- ¡Así encendimos la mecha! Treinta años del levantamiento
indígena en Ecuador: una historia permanente 221 / 222
- Hegemonías y subalteridades urbanas.
La configuración metropolitana de Quito 223 / 229

Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021

Julio Echeverría

La coyuntura del proceso electoral de febrero-abril de 2021, se presenta como un parte aguas que cierra un largo ciclo político y abre otro, conjugando dimensiones de larga, mediana y corta temporalidad, que emergen en un momento de intensa complejización sociopolítica, un cambio de ciclo que apunta a modificar profundamente el escenario político del país. Entre los factores que definen el largo plazo, está la crisis económica que inició con el fin del boom de los precios del petróleo en 2014: allí se instala una complicada combinación de déficit público y endeudamiento, que marcará el fin del periodo correísta.

El evento electoral enfrentó tres coaliciones de actores: dos que se instalaron en el eje correísmo-anticorreísmo, y un tercero, que se desmarcó de esa polarización e introdujo nuevos temas en la agenda política, como la sostenibilidad social y ambiental, la ampliación de derechos de igualdad y las temáticas étnicas y de género. En el evento electoral confluyeron estas dimensiones, un eje de conflictividad que se decantó en el clivaje correísmo-anticorreísmo, y que al mismo tiempo interperlo una forma de construir política bajo el paradigma de la polarización.

La victoria del candidato de derecha y la derrota del candidato del correísmo, estuvieron de alguna manera definidos en los resultados de la primera vuelta, en la cual apareció esta tercera coalición, conformada por Pachakutik y la Izquierda Democrática, cuyos adherentes y votación serían decisivos en la definición del resultado del 11 de abril. La derrota del correísmo marca el fin de su hegemonía y prefigura una nueva etapa, donde la polarización pierde fuerza y se configuran nuevos ejes aglutinadores de las demandas ciudadanas, que reclaman otras definiciones políticas.

Introducción

La coyuntura electoral del 2021, se ubica en el contexto de un conjunto de tendencias de crisis y deterioro sociopolítico que viene sufriendo el Ecuador en esta última década. En estos años, la economía del país se ha caracterizado por su alta inestabilidad, por la sucesión de ciclos expansivos y recesivos de difícil control, determinados por las dificultades de respuesta y contención de las tendencias y dinámicas propias de los ciclos de la economía global. Si la economía del país, gracias a la coyuntura internacional de altos precios del petróleo, acusó altas tasas de crecimiento que llegaron a bordear el 8%, en la primera parte de la década (esto es, del 2007 al 2014), a partir de entonces muestra una tendencia recesiva que afecta seriamente la línea de inversión y gasto que había caracterizado a la política económica de aquellos años.

Estas condiciones han conducido, al finalizar el 2020, a una situación de deterioro de los principales indicadores socioeconómicos: agudizamiento de la pobreza y el

desempleo, creciente déficit de las finanzas públicas y endeudamiento descontrolado. Dos eventos de enorme significación marcan la actual coyuntura, los cuales evidenciarán la gravedad de la situación del deterioro sociopolítico: las movilizaciones de octubre de 2019 y la emergencia de la pandemia del coronavirus al finalizar el 2020.

Octubre significó la explosión de tensiones sociales producidas por el deterioro de la línea expansiva de gasto y por la crisis fiscal. La contención de la política de gasto público generó como respuesta un fuerte movimiento disruptivo con rasgos de antagonismo que puso en serio riesgo la estabilidad institucional, pero que no alcanzó a definir las condiciones de un cambio sustantivo del ciclo político. El movimiento no logró contener la línea del ajuste de las variables económicas, mientras el Gobierno debilitó fuertemente sus bases de apoyo, entrando en una tendencia de fuerte caída de legitimidad.

Por otro lado, la emergencia de la pandemia contuvo la movilización y la impugnación y permitió acelerar las políticas de ajuste y estabilización macroeconómicas. Si bien se logró contener la crisis de liquidez fiscal, indujo una línea de desprotección a los sectores más vulnerables, en momentos en los cuales la crisis sanitaria exigía de mayor inteligencia del protagonismo estatal.

Es este el contexto en el cual acontece el proceso electoral de febrero de 2021. Una condición de fragmentación política con tendencia a ser resuelta por la vía de la polarización, ubicando la línea del enfrentamiento en la tradicional oposición, correísmo-anticorreísmo, neoliberalismo-intervencionismo estatal. Sin embargo, la crisis sanitaria introdujo con fuerza nuevos referentes para la discusión electoral: la sostenibilidad social y ambiental, la ampliación de derechos de igualdad, cobraron particular relevancia.

La solución a las indefiniciones que dejó el ciclo de enfrentamientos que se dio en octubre del 2019, el agudizamiento del deterioro económico e institucional que puso en primera línea la emergencia pandémica, apuntaron a ser resueltos en el evento electoral de febrero del 2021.

Los resultados electorales de primera vuelta

Lo que primero resalta, al observar el desempeño del proceso electoral de primera vuelta, es el conjunto de irregularidades que desde un inicio lo caracterizaron. Un Consejo Nacional Electoral atravesado por conflictos internos que reflejaban su incapacidad de funcionar como cuerpo colegiado y por tanto con serias dificultades para filtrar y neutralizar las presiones políticas de los actores de la contienda electoral. Para sectores importantes del electorado, las denuncias de fraude presentadas por la candidatura de Pachakutik y no solventadas con claridad por el Tribunal Electoral, afectaron la legitimidad del resultado de primera vuelta y encendieron las alarmas por el desempeño que este podía demostrar en la contienda de segunda vuelta.

El resultado electoral, luego de que se dieron por resueltas las impugnaciones al conteo de los votos, expresa la reconfiguración del sistema de representaciones con la irrupción de nuevas semánticas y preferencias políticas. Una primera aproximación al resultado nos revela el pobre desempeño de la alianza de centro derecha que apenas llega a bordear el 20% de la votación. El resultado vuelve patente su carácter electoral y no programático; una situación de indefinición estratégica, en la cual más pesaba el temor a que uno de los socios se beneficiara del resultado electoral en desmedro del otro: el 19.56% de la votación del candidato Guillermo Lasso de la alianza PSC-CREO dista mucho del 44.55% que la derecha escindida en las dos fuerzas logró sumar en la elección de 2017, cuando ambas se enfrentaron a Lenín Moreno de AP. Entonces se trató de una fragmentación que impidió a la tendencia enfrentar a la izquierda correísta representada por Alianza País. La estrategia de asistir conjuntamente al evento electoral no solo que no incrementó su votación, sino que la disminuyó.

La victoria de Andrés Arauz en la primera vuelta, muestra también una caída significativa de desempeño electoral del correísmo respecto de los resultados que venía exhibiendo en sus anteriores contiendas electorales. Alcanza el 34% cuando históricamente la cota superaba el 40% de la intención de voto, llegando, en la última elección a puntuar un 39.36% de aceptación. Una caída significativa que despertó alertas sobre las dificultades que podía tener la candidatura en la segunda vuelta.

Si el resultado de primera vuelta pone en claro la caída de las fuerzas que expresan la polarización correísmo-anticorreísmo, resalta por otro lado, la emergencia de dos actores que responden a otras semánticas políticas de mayor pragmatismo y carga valórica. Yaku Pérez en representación de Pachakutik, brazo político de la CONAIE, organización histórica de representación del movimiento indígena, alcanza el 19,39% de votación; y Javier Hervas, logra un 15,68% en representación de Izquierda Democrática, partido de centro, reedición de la tradicional socialdemocracia ecuatoriana vigente en los años 80 y 90 del siglo pasado. Para Pachakutik, el resultado significó un incremento importante de votación de la representación indígena que históricamente no superaba su techo del 6%; lo mismo para la Izquierda Democrática, cuya tradicional votación de las últimas dos décadas no superaba el 4%.

La lectura de la distribución del voto es aleccionadora. Mientras Arauz se fortalece en los antiguos bastiones de la Costa populista y de la derecha socialcristiana (Guayas y Manabí), Guillermo Lasso gana solamente en Quito y Galápagos, en tanto que Yaku Pérez consolida su representación del mundo rural, de la Sierra y la Amazonía, donde Pachakutik y la CONAIE son su máxima expresión.

Son muchas las posibles lecturas e interpretaciones que puedan darse a este resultado. Si lo observamos desde la premisa de que la elección de febrero responde a las dos variables detectadas, el conflicto de octubre y la irrupción pandémica, el resultado refleja una fuerte tendencia hacia la superación del clivaje correísmo-anticorreísmo, que fuera dominante en los enfrentamientos de octubre. En su momento

Yaku Pérez lo hizo al interior del movimiento indígena, al desplazar a los líderes más cercanos al correísmo Iza y Vargas; los resultados de Yaku Pérez parecerían consolidar esa tendencia. Una línea de actuación que se explica claramente al reconocer que si existió un actor organizado que fuera seriamente afectado por el antagonismo instaurado por el correísmo, este fue sin duda el movimiento indígena.

El resultado de la primera vuelta dejó instaladas muchas expectativas. Por un lado, la existencia de un alto porcentaje de votación, el 32.0%, si sumamos la votación de Pachakutik e Izquierda Democrática, que debía necesariamente expresarse y favorecer a una de las dos tendencias finalistas. Por otro lado, generaba dudas sobre la limpieza del proceso electoral, conducido por una institución seriamente afectada en su credibilidad.

Cómo el desarreglo institucional de la función electoral incidió en el resultado de primera vuelta

La actuación del organismo encargado de conducir el proceso electoral, ha sido uno de los elementos determinantes de la actual coyuntura política. La conducción errática del proceso, la evidente falta de acuerdo entre los miembros del cuerpo colegiado, sus decisiones cuestionables en momentos cruciales, condicionaron fuertemente el proceso electoral y dieron como resultado la desconfianza y la impugnación de sus resultados.

El sistema electoral es un filtro que contiene las presiones políticas de los actores que compiten en el proceso. La ambigua articulación de un Consejo Nacional Electoral y un Tribunal Contencioso Electoral con funciones no claramente definidas, impide contener esa presión. En las elecciones del 7 de febrero de 2021 esta articulación no resuelta, se manifestó en la apurada presentación de los resultados electorales por parte del CNE.

El mismo domingo 7 de febrero, a las 21h16, se presentaron los resultados del conteo rápido previsto, con el 90% de la muestra contabilizada, con una diferencia menor al margen de error entre el segundo y tercer puesto. Los datos ponían en primer lugar a Andrés Arauz, con el 32,22%, en el segundo a Yaku Pérez con el 20,04%, y en el tercero a Guillermo Lasso con el 19,97%. Esta declaración oficial, avalada por el Consejo en pleno, generó sorpresa por la irrupción del candidato Pérez en el segundo puesto y el paso a la segunda vuelta, situación que ninguna encuesta había previsto. Sin embargo, a las 21h52, el vicepresidente del CNE Enrique Pita actualizaba los resultados del conteo rápido: Lasso se posicionaba en el segundo lugar con el 20,05%, y Pérez descendía al tercero con 19,85%.

Ninguno de los dos candidatos estaba dispuesto a aceptar la derrota con una diferencia tan reducida, menos aún Pérez, que aparecía como el perjudicado. En

esas circunstancias, y en medio de un discurso conciliador, ambos candidatos protagonizaron un acercamiento en el que se comprometían a admitir los resultados, siempre y cuando el CNE despeje en forma transparente los cuestionamientos sobre el conteo.

Es entonces cuando el CNE incurre en una segunda operación que termina por inducir desconfianza en el manejo de los resultados: en un acto al margen de la ley electoral, suscribe un acuerdo donde se compromete a recontar la totalidad de las urnas de Guayas y las que presenten inconsistencias en otras 17 provincias del país. Parecía que el diálogo avalado ‘informalmente’ por el CNE iba a funcionar, a pesar de que la confrontación entre Lasso y Pérez se había ya encendido. El ambiente de acuerdos entre los candidatos y la institución responsable del proceso electoral se deterioró rápidamente. El tono de Pérez pasó de la conciliación al enfrentamiento con el candidato de la derecha, presumiblemente como resultado de la presión de la CONAIE y de sectores del movimiento, reacios a cualquier acuerdo con quien representa a la derecha tradicional. Lasso también reculó en su tono amistoso para posicionarse como triunfador, resintiendo el cambio de tono de Pérez.

En medio de un ambiente que comenzaba a enrarecerse, el CNE interviene nuevamente generando mayor incertidumbre: se contradice de los acuerdos alcanzados con los candidatos, retractándose de su compromiso de recuento de votos. Más bien, avanza en la proclamación de los resultados electorales, reclamando la necesidad de ajustarse a la normativa estipulada en el Código de la Democracia.

Los datos del conteo total, que se fueron incrementando progresivamente durante la semana posterior a la elección, empezaron posicionando a Pérez sobre Lasso, pero la diferencia se fue acortando en forma sostenida hasta consolidar a Lasso en el segundo lugar. Con una diferencia de tres décimas a favor de Lasso, y un 6% de las actas por escrutar (por problemas de transporte, en el caso de los votantes del exterior, y por inconsistencias en las actas), al final de la semana posterior a la elección, la lectura que hacía Pérez y el movimiento Pachakutik, era que el paso a la segunda vuelta les estaba siendo arrebatado de forma ilegal, lo que los autorizaba a hablar cada vez con mayor fuerza de un fraude en su contra.

La tendencia del conteo final se había revertido a favor de Lasso, y el CNE terminó por declarar los resultados definitivos: en el primer lugar Arauz, con el 32,72% de los votos; en el segundo Lasso, con 19,74%; en el tercero Pérez, con el 19,39%; y en el cuarto, Hervas, con el 15,68%. El restante 12,47% de los votos válidos se repartía entre los otros 12 candidatos, que recibieron porcentajes entre el 2 y el 0,21%.

Pérez ingresaba en un despeñadero del cual difícilmente lograría recuperarse: acudió atropelladamente a discutir procedimientos, se instaló en la tradicional postura de resistencia frente al sistema, al cual acusó de no escuchar sus argumentos. Las inconsistencias del CNE y la impugnación del movimiento reinstauraban en la retórica política, la contradicción entre legalidad y legitimidad del proceso.

Si el desempeño institucional en las democracias modernas se sustenta en el axioma de que es la sujeción al principio de legalidad el que sustenta la legitimidad del proceso político, el comportamiento errático del CNE estaba caminando en dirección contraria. La institucionalidad del CNE terminaba por inducir comportamientos no apegados a la legalidad y a las 'formas', tan necesarias para garantizar la transparencia e imparcialidad que se exige del desempeño del sistema electoral.

Ante las reticencias del CNE frente a los reclamos de Pérez, este acude al Tribunal Contencioso Electoral, la instancia más alta de dilucidación y de aplicación de la 'justicia electoral'. También aquí la situación no estaba tan clara: el TCE había previamente destituido a los miembros del CNE sin que dicha disposición hubiera sido acatada, lo cual mantenía a la función electoral en una situación de precariedad e inestabilidad institucional altamente riesgosa.

El no acatamiento de los procedimientos y de las formas, terminó por incidir fuertemente en el desenlace final de este episodio: una confusa reunión por fuera de los canales institucionales entre el candidato Pérez y uno de los jueces del TCE que debía pronunciarse por la apelación presentada, terminó por comprometer y poner en duda la imparcialidad de la posible decisión que este podía adoptar. El TCE decidió 'curarse en salud' y terminó por desechar la impugnación presentada.

En la segunda vuelta electoral, el desempeño del CNE cambió radicalmente. Se corrigieron muchos de los errores cometidos que restaron credibilidad a la institución y dieron margen a la impugnación de los resultados. Esta vez, las vocerías estuvieron bien definidas y las contradicciones entre los consejeros no trascendieron al público. Descartaron acertadamente la realización del conteo rápido, que podía inducir a conflictos entre ambos candidatos si la diferencia fuera mínima. Avanzaron rápidamente en el escrutinio, de forma que se obtuvieron resultados incontestables, los cuales fueron aceptados por ambos candidatos la misma noche del 11 de abril.

La reconfiguración de la Asamblea legislativa

El resultado electoral, en particular el de la primera vuelta, que es donde se elige la representación parlamentaria, reconfigura los bloques de poder en la Asamblea legislativa. Es interesante anotar cómo aquí también se vuelve patente la tendencia general: el debilitamiento de las fuerzas de la oposición tradicional correísmo-anti-correísmo y la emergencia de actores con nuevos referentes de programa, como son el ambientalismo, el ancestralismo étnico y la demanda de derechos de igualdad y no discriminación. La configuración de la Asamblea permite pensar la posibilidad de que estos temas puedan tener protagonismo en el periodo 2021-2025 y que, los actores que los impulsan, se conviertan en referentes centrales para la construcción de la agenda legislativa.

Si bien el correísmo (ahora bajo la bandera del Centro Democrático), vuelve a ser el bloque legislativo más numeroso con cerca de 50 asambleístas, su fuerza se reduce a la mitad si la comparamos con los escaños obtenidos en 2017. Algo parecido sucede con los partidos de la derecha tradicional, que conformaron la alianza de apoyo a la candidatura de Lasso. El Partido Social Cristiano mantiene al menos las 16 curules de la legislatura pasada, pero CREO sufre un importante revés, pasando de 36 asambleístas en 2017 a 12 en 2021.

Ambos partidos reducen significativamente su influencia en el legislativo. El PSC obtiene 16 curules, de las cuales 12 provienen de las provincias de la Costa, 1 de la Amazonía, 1 de la Sierra y 2 nacionales. Guayas, que elige a 7 de sus asambleístas, cede al correísmo (con 8 curules), la hegemonía que mantenía desde la elección de Febres Cordero como alcalde de Guayaquil en 1992. Mantiene presencia en la Costa, con 6 asambleístas, y se reduce significativamente en la Sierra y la Amazonía, con solo 1 asambleísta en cada región. CREO alcanza solo 12 asambleístas, 20 menos que en el anterior periodo legislativo, con lo que se convierte en una fuerza marginal en el marco de la Asamblea. Cuenta con 2 asambleístas nacionales, 1 por los ecuatorianos en el exterior, 3 por la región Costa y 6 por la Sierra. No obtiene curules en la Amazonía.

Pachakutik, con 26 asambleístas, y la Izquierda Democrática, con 17, podrían configurar entendimientos y alianzas en la próxima Asamblea, que las posicione como la segunda fuerza política con importante presencia y capacidad de incidencia en la agenda legislativa. Pachakutik experimenta un crecimiento sustancial, al sumar 22 asambleístas adicionales a los que tuvo en 2017, gracias al impulso de su candidato presidencial. Algo parecido sucede con la ID, que pasa de 4 asambleístas en 2017 a 17 en 2021.

Los resultados muestran también cambios relevantes en la representación regional. El correísmo alcanza una importante ventaja en Manabí, y muestra resultados mayoritarios en el resto de provincias de la Costa. Su presencia en la Amazonía es marginal y en la Sierra es secundaria. Pachakutik en cambio presenta buenos resultados en la Sierra y la Amazonía, y es irrelevante en la Costa. El Partido Social Cristiano sigue conservando su bastión en Guayas, pero cede el primer lugar a Centro Democrático, mientras mantiene una presencia poca significativa en las otras provincias de la Sierra. CREO divide su votación en la Sierra y la Costa, pero no hegemoniza en ninguna provincia, mientras Izquierda Democrática gana espacio en las provincias de la Sierra, y presenta una posición marginal en la Costa y Amazonía. El correísmo, de haber sido actor dominante a nivel nacional, reduce su presencia al ámbito regional, en particular de la Costa.

Dos elementos resaltan en esta visión del nuevo espectro partidario en la Asamblea legislativa: la alta segmentación de la representación desde la perspectiva de su presencia nacional, que caracteriza a todos los partidos (ninguno aparece como fuerza hegemónica en este nivel o escala), se ve compensada con la agregación y consoli-

dación de 3 grandes tendencias que comparten identidad ideológica y de programa: la centro derecha de PSC-CREO, las fuerzas del neopopulismo representadas por Centro Democrático, y la emergencia de un bloque de centro izquierda, en torno al eje Pachakutik-ID.

Nos encontramos entonces frente a un escenario segmentado desde el punto de vista de su representación territorial, pero relativamente compacto en cuanto a sus agregaciones ideológicas y de programa. La nueva articulación de fuerzas supera la lógica de partido único hegemónico que caracterizó a la fase del correísmo (2007-2016), así como, a la de la fragmentación de ese sistema, por la fractura interna de ese actor hegemónico (2016-2021). En esta nueva configuración, la fragmentación política es sustituida por un tipo de sistema segmentado por un más claro y plural perfilamiento de agregaciones o identidades ideológicas, lo que genera condiciones más propicias para que la nueva Asamblea pueda trabajar en su independencia y autonomía respecto del Poder Ejecutivo. Las lógicas confrontacionales excluyentes que caracterizaron a la dominancia del clivaje correísmo-anticorreísmo, parecerían ser superadas por una consistente agregación de fuerzas con perfiles programáticos más definidos, donde aparece aquello que se ha denominado como ‘tercera vía’, lo cual podría ser la oportunidad para contar con una Asamblea más deliberante y democrática.

El protagonismo del movimiento indígena

El dato más relevante de los resultados electorales de primera vuelta fue el virtual empate en el segundo puesto entre Guillermo Lasso, de la alianza PSC-CREO, y Yaku Pérez, de Pachakutik, con cerca del 20% de los votos; así como el posicionamiento del candidato de la Izquierda Democrática, Xavier Hervas, con casi el 16%.

Estos resultados provocaron desconcierto entre los favoritos a pasar a la segunda vuelta Arauz y Lasso. Las encuestas previas mostraban a los dos candidatos a una distancia considerable del resto, y se especuló mucho con el llamado al voto útil. Desde el correísmo, se llamaba a evitar la dispersión del voto para detener el crecimiento de la derecha representada por Lasso, y se presentaba a Yaku Pérez como expresión de una izquierda edulcorada que desdibujaba la necesaria radicalidad del enfrentamiento a la derecha; la polarización no permitía la emergencia de terceras opciones. La alianza PSC-CREO, se promocionaba a su vez como la única opción para evitar el regreso del correísmo al poder, y sobre todo para evitar su triunfo en la primera vuelta. La contundencia de esta lógica, que reeditaba el enfrentamiento que el país había vivido desde el 2007, se expresaba en la invocación al voto útil, lo que perjudicó a los dos candidatos, Pérez y Hervas, que escapaban de la polarización tradicional, y les privó de la posibilidad de pasar al balotaje.

Pachakutik movilizó como nunca antes el voto indígena, pero tuvo también la capacidad de captar la adhesión de otros sectores, urbanos y de clase media, identi-

ficados con los valores de la diversidad que Pérez logró encarnar. La Izquierda Democrática, por su parte, movilizó a un electorado urbano joven, en su gran mayoría serrano, que se identifica con el centro político y la socialdemocracia. Ambos candidatos expresaron además dos tendencias que crecieron durante la década correísta: por un lado, el ecologismo y la preocupación por el ambiente, como clara respuesta a la lógica extractivista; y por otro, las reivindicaciones de género, principalmente contra la violencia a las mujeres y a favor de la despenalización del aborto por violación, que expresaba la resistencia al autoritarismo y totalitarismo del modelo correísta, así como posturas fundamentalistas de una derecha conservadora.

La emergencia de Pachakutik y su sorprendente resultado electoral expresan esta nueva configuración de fuerzas. El movimiento indígena por primera vez se vuelve referente y aglutinador de otros actores con los cuales comparte identidades de programa, justamente a partir de acciones conjuntas que emergieron con fuerza en la lucha contra el correísmo. Una postura que no está exenta de fricciones y conflictos internos. La selección de Yaku Pérez como candidato de Pachakutik puso en evidencia estas tensiones al interior del movimiento indígena. Una doble configuración ideológica parecería coexistir entre sus filas. La corriente etnicista (que ubica como eje la identidad ancestral de los pueblos indígenas), y la corriente clasista (que se soporta en una particular lectura marxista de los conflictos sociales), generan tensiones disruptivas tanto al interior de la CONAIE como de Pachakutik.

La participación política indígena muestra aún la existencia de posiciones ambiguas frente al juego democrático. Por un lado, la CONAIE mantiene y combina su inicial construcción de identidad que impugna al Estado nacional desde la reivindicación de su diferencia étnica, con la corriente clasista, cuya postura es la del anticapitalismo y la desconfianza en los mecanismos de la democracia liberal. Por otro lado, el protagonismo de Pachakutik, su brazo político, que interviene en la 'política formal'. Se pone en evidencia aquí la tradicional dicotomía entre movimiento de impugnación al sistema y aparato político dispuesto para intervenir en la 'institucionalidad' y corroerla desde su interior, una dicotomía participativa que refleja la concepción de uso instrumental de las instituciones democráticas, con el fin exclusivo del 'acceso y acumulación' de poder.

El enfrentamiento al correísmo por parte de la CONAIE como de Pachakutik, los ha obligado a interpelar esta construcción y a reconocer en el enfrentamiento democrático y en sus instituciones, algo que va más allá de la lectura reductiva e instrumental de estas instancias como exclusiva 'formalidad'. La misma acción de resistencia ha conducido al movimiento a examinar y experimentar la construcción del poder como un ejercicio democrático de necesaria relación con el 'otro' y con la institucionalidad que regula las interacciones políticas, a ver en la democracia y sus instituciones la posibilidad de potenciación y transformación de sus mismas proyecciones programáticas.

Pachakutik ha venido perfeccionando su intervención en la institucionalidad del sistema político, en particular en el ejercicio de los gobiernos locales, donde ha acumulado suficiente poder como para proyectarse en la escena electoral con relativa autonomía de la CONAIE y sus organizaciones de base. Su misma inscripción como actor político electoral le obliga a someterse a las prescripciones del Código de la Democracia y a funcionar como entidad reconocida por la normativa que regula su accionar en el sistema político, lo que eventualmente le aleja de la representación de sus organizaciones de base, una condición que podría afectar su misma legitimidad al distanciarlo de sus referencias originarias. Esta doble línea de actuación: responder a sus bases y al mismo tiempo funcionar dentro de la lógica de la intermediación política, caracteriza la complejidad de su accionar actual y de su misma configuración como actor político.

En este evento electoral, tanto Pachakutik como la CONAIE, parecerían abandonar su exclusiva autopercepción como movimiento de resistencia y apuntar a conectar los valores de su identidad ancestral con los alcances reivindicativos del ambientalismo, del feminismo y del desarrollo sostenible, y para ello, el diálogo democrático con estas fuerzas se presenta como su mejor estrategia de fortalecimiento. Una compleja transición que interpela su tradicional semántica de la resistencia y la proyecta hacia la lógica del actor político que se candidatiza a la acción de gobierno.

La fuerza que experimentó Pachakutik, al disputar inesperadamente el paso a la segunda vuelta, se debilitó parcialmente con la impugnación a los resultados que lo ubicaban a un par de décimas por detrás de Lasso, dejándolos fuera del balotaje. El cambio de discurso de Pérez, que pasó del diálogo con los sectores anticorreístas, a una diferenciación nítida frente al candidato de la derecha, parecía reinstalar el discurso de la polarización y dio la impresión que los sectores clasistas de la CONAIE imponían el discurso antagonista, como condición para apoyar la movilización de impugnación de los resultados electorales. La sentencia del Tribunal Contencioso Electoral en contra del pedido de recuento de los votos por parte de Pachakutik, terminó por dejar sin piso al reclamo.

De cualquier forma, los resultados de las elecciones posicionan a Pachakutik como un actor relevante en el escenario político de los próximos 4 años. Cuenta con un bloque legislativo de 26 asambleístas, lo que le convierte en la segunda fuerza política en la Asamblea Nacional. Si consolida su actoría institucional, tendrá la oportunidad de posicionar políticas que favorezcan a los pueblos y nacionalidades indígenas, al tiempo de ampliar su agenda social y ambiental como alternativa efectiva al capitalismo extractivista. Si opta por la posición radical de impugnación al Estado, su actuación se limitará a bloquear la capacidad decisional de la legislatura.

Segunda vuelta y cierre del ciclo político

Si estos desenlaces políticos resultan de la primera vuelta electoral, lo acontecido en la segunda vuelta, abre otras dimensiones y presenta otras disyuntivas. Los actores de la contienda tienden a conducirse hacia definiciones más puntuales y precisas. La dimensión comunicativa que preside los procesos deliberativos, tiende a acotarse y especificarse en torno a construcciones de programa y a características propias de la conducta política de los contendientes.

Las lecturas del proceso realizadas por las dos candidaturas vencedoras en la primera vuelta identificaron rápidamente su objetivo: captar el voto de aquellos segmentos que habían escapado de la lógica de la polarización y habían optado por posturas alternas que posicionaban otros contenidos de programa y otras prácticas de interlocución y de proselitismo político. El desafío en la segunda vuelta, consistió en captar la adhesión de actores que presentaban niveles bajos de identificación y en muchos casos de abierto rechazo hacia los ganadores de la primera vuelta: cómo traducir el rechazo en aceptación, cómo neutralizar el voto nulo, que fue directamente promovido por Pachakutik y la CONAIE. Se trataba de convencer a electores que querían salir de la lógica de la polarización, pero que de todas maneras se veían ahora compelidos a pronunciarse por una de las dos opciones en juego.

Tanto Lasso como Arauz entendieron el mensaje de las urnas como la necesidad de un 'cambio de imagen'; de repente el ecologismo y los derechos de igualdad aparecieron en sus discursos, y parecía que abandonaban la rigidez de los grandes temas referidos al desempeño de la economía y al manejo de la crisis. Para ambas candidaturas, se trataba de consolidar los resultados alcanzados, por lo cual debían insistir en las líneas de la polarización sobre las cuales se hicieron fuertes, pero al mismo tiempo, se veían forzados a trazar estrategias de comunicación con los votantes que en la primera vuelta rechazaron esa línea de conducta.

Este doble desafío fue tratado de distinta forma por los dos candidatos: para Arauz fue mucho más difícil abandonar la lógica de la polarización; ese había sido el método político del correísmo, gracias a esa semántica ganó las distintas contiendas electorales que lo mantuvieron en el poder por más de una década, ahora le resultaba cuesta arriba aparecer con otra imagen y promover temas que iban en dirección contraria a su programa, como el anti-extractivismo o la promoción de los derechos de igualdad.

Para Lasso era menos arduo operar esta transformación. Su referencia a la figura de Correa dejó de ser su principal punto de apoyo, y se empeñó en una tarea de acercamiento a los postulados promovidos por Yaku Pérez y Xavier Hervas. Su insistencia en la lógica de la libertad de mercado le abría el campo hacia semánticas de liberalismo valórico, a atenuar las líneas de la desregulación económica propia de la ortodoxia neoliberal, en particular en materia ambiental, sin embargo, debía cargar consigo el

peso del tradicionalismo religioso y conservador, que caracteriza con mayor intensidad, a ciertas franjas de la derecha ecuatoriana.

Los resultados de la segunda vuelta mostraron una remontada que llevó a Lasso por delante de Arauz, a pesar de la diferencia de 14 puntos con que este último, había superado a su perseguidor en la primera vuelta. Lasso alcanzó el 52,5% de los votos válidos, frente al 47,5% de Arauz; es decir, añadió a su votación 32 puntos porcentuales, un crecimiento del 160%, mientras que Arauz apenas pudo conseguir 13 puntos adicionales a su votación de primera vuelta.

La distribución territorial del voto ratifica las tendencias de primera vuelta. Arauz gana otra vez en la Costa, pero su ventaja se reduce en provincias como Guayas, El Oro y Esmeraldas. Lasso vence en toda la Sierra, y en la mayoría de las provincias amazónicas. El voto nulo, promovido por Pachakutik y la CONAIE llegó a cerca del 17% de los votos válidos, lo que le ubica 5 puntos por sobre el promedio histórico y cerca de 7 puntos por encima del voto nulo en la primera vuelta. De hecho, el voto nulo es mayor al que alcanza el candidato correísta en las provincias de Azuay, Bolívar, Tungurahua, Cotopaxi y Chimborazo.

El resultado electoral, muestra que el llamado al voto nulo ideológico de Pachakutik, si tuvo un efecto importante en quienes votaron por Yaku Pérez en la primera vuelta, pero que muchos de quienes no anulaban, adhirieron mayoritariamente en la segunda vuelta a la candidatura de Lasso. Lo mismo habría sucedido entre los votantes de Hervas, quien anunció su posición personal de respaldar al candidato de la derecha, aunque su partido prefirió dejar en libertad a sus votantes.

Lasso logró acercarse a los votantes de Yaku y Hervas incorporando los temas de programa que ambos habían promovido en la primera vuelta. Pero fundamentalmente potenció su diferencia con el correísmo, presentando una versión dialogante y no beligerante, rompiendo de esa forma con la lógica de la polarización. A pesar de su posición de derecha, Lasso se hizo con la mayor parte de los votos del centro izquierda, que señalaban el deseo de este electorado de una tercera vía por fuera de la polarización y el antagonismo derecha-correísmo.

La derrota electoral del correísmo es de enormes proporciones. Se enfrenta a una situación que linda entre el drama y la tragedia: por un lado, contar con un referente del cual es difícil prescindir que es la figura de Correa –seguramente la mejor expresión de la lógica antagonista con la cual ha contado la izquierda regional en los últimos tiempos–; por otro lado, hacérselas sin Correa, lo que significaría reducir significativamente su posibilidad de impacto y arraigo político.

Lasso, por su parte, se enfrenta al desafío de gobernar un país con una de las crisis más profundas de las que hay memoria, con una conflictividad social que puede estallar violentamente el momento en que cesen las restricciones causadas por la pandemia, con un discurso ajeno que se vio forzado a adoptar para ganar el balotaje y que deberá ahora trabajar e interiorizar sustantivamente. Su política de alianzas y acuer-

dos en la legislatura se convierte en el eje de la futura gobernabilidad del régimen. Su desafío estará en generar una gran coalición de fuerzas que posibiliten la salida a la crisis económica y sanitaria que agobia al país.

En este nuevo ciclo político, resalta el protagonismo que puede alcanzar Yaku Pérez y Pachakutik. Su desempeño en la legislatura y su conexión con sus bases organizativas es crucial. Pachakutik aparece en esta coyuntura como un importante eje de acumulación de las fuerzas de una izquierda capaz de actualizar y renovar su programa político, posición que el correísmo trató de construir sin éxito.

Pero, lo que en realidad se pone a prueba en esta coyuntura y en este nuevo ciclo que empieza, es la vigencia de la lógica de la polarización como expresión de formas elementales de enfrentamiento y construcción de la política. Una lógica a la cual ha acudido la izquierda 'progresista' de América Latina, para utilizar a su favor el principal expediente del populismo tradicional, y ahorrarse la complejidad de construir un programa que revise en profundidad la lógica avasalladora del capitalismo extractivista, sobre la cual se construye justamente el 'progreso' que se quisiera contrastar.

Si la fragmentación 'natural' del sistema político tendía a compactarse mediante la lógica de la polarización, ahora se aprecia que esta puede dar paso a construcciones de política que la superen. La composición de la Asamblea expresa esta tendencia; las posibilidades de construcción deliberativa de la política, reaparecen luego de que la hegemonía correísta apuntaba a la imposición de un modelo de 'partido único'. La actual composición de la Asamblea abre el camino para ejercitar las posibilidades de una democracia deliberativa y consensual, los desafíos que impone la actual complejidad de la coyuntura política así parecería exigirlo. La necesidad de actualizar programas en función de establecer respuestas a los desafíos de la sostenibilidad y del enfrentamiento a los rigores que exige la nueva biopolítica planetaria.